

tant, y al salir de la barrera oyó el son de algunos violines á los que estaban amolando en un figón, y vió multitud de bailadores y bebedores, que sin duda constituían el cortejo de una boda, en un jardín polvoroso que sólo estaba separado de la calle por un seto.

Samuel se acercó á un obrero que, vestido con su ropa dominguera, estaba fumando una pipa al umbral del jardín, y le preguntó:

—¿Os divertís vos y vuestros amigos?

—¿Por qué no?—respondió el interpelado.

—¿Luego no sabéis lo que ocurre en París?

—¿Ocurre algo?

—El ministerio ha publicado una ley por la que suprime el derecho de los electores.

—¿De los electores?—arguyó el obrero.—¿Y á nosotros qué nos importa? ¿Acaso el pueblo es elector?

—También ha suprimido los periódicos.

—¡Los periódicos! ¡Y qué! ¿nos atañen por ventura en algo? Ni siquiera los leemos. ¡Los venden tan caros! Por menos de ochenta francos al año no puede uno suscribirse á ninguno de ellos.

—Pues precisamente es menester que los periódicos y las elecciones os atañan—repuso Gelb,—y si vosotros quisieseis...

—¡Bah!—replicó el obrero soltando una bocanada de humo,—con tal que no aumenten el precio del pan y del vino, el rey puede hacer lo que más le acomode.

En esto se acercó al obrero una muchacha alegre y rolliza, y asiendo á éste del brazo, exclamó:

—Di, ¿así es como me invitas á bailar, plantándome? Ea, vente corriendo, van á empezar.

—Allá voy—dijo el obrero, siguiendo á la joven.

Samuel entró en su casa desesperanzado del todo, y comió y se acostó.

Al día siguiente no puso los pies en la calle, sino que pasó el día paseándose por el jardín, calenturiento y fatigado.

Hacía un calor bochornoso.

—Es inútil cuanto he hecho—se dijo.—Mi objeto era dominar un gran movimiento popular, ser el árbitro de las ideas. Como el pueblo no se subleva, para nada sirvo, ni me aprovecha cosa alguna, ni necesito del dinero de Julio; porque ¿qué haría yo con él? Viva Julio para toda una eter-

nidad si quiere. No seré yo quien le dé el papirotazo que le precipitaría en la tumba. ¡Ah! poco sospecha él que la indiferencia del pueblo le salva y que esta muerte de todos es su vida.

La tarde tocaba á su fin. Samuel, cansado de andar, acababa de tenderse en un banco; mas apenas lo había efectuado, cuando experimentó un estremecimiento súbito. Parecióle que del lado de París partiera un ruido semejante al fuego de fusilería.

—No puede ser—dijo entre sí Samuel prestando oído atento,—es una alucinación mía.

A poco resonó el ruido de nuevas descargas.

No había ya que dudar; realmente eran fusilazos.

—¡Disparos de fusil!—dijo Samuel levantándose de un salto.—Entonces es el pueblo. ¡Ah pueblo honrado! yo te calumniaba. ¡Mi sueño resucita! ¡Viva el pueblo y muera Julio!

## XXIV

Donde se ve que las revoluciones no siempre aprovechan á quien las trama

—¡Abajo Carlos X y Julio!—repitió Samuel sintiéndose revivir por completo.—Cada uno vamos á efectuar nuestra revolución: Francia y yo; yo voy á trabajar para el triunfo de la suya, mientras ella trabajará por el buen éxito de la mía.

Gelb se subió apresuradamente á su cuarto, tomó de un cajón un puñado de monedas de oro, escribió algunas líneas, se armó y tomó el camino de París, donde entró, no por la primera barrera, sino siguiendo los bulevares exteriores para ver si los arrabales tomaban parte en la insurrección. En éstos empezaba á notarse alguna efervescencia. Acá y allá for-



mábanse grupos, á los que algunos oradores improvisados dirigían fogosas arengas mientras comentaban con acentos viriles los artículos de los periódicos que no habían temido salir á luz aquella mañana.

Samuel entró en París por la barrera de San Dionisio; pero no bien hubo penetrado algunos pasos en la capital, cuando oyó un ruido formidable y gritos furiosos de:

—¡Matadlo! ¡que lo fusilen!

Gelb apresuró el paso, y al doblar una esquina vió á un grupo de hombres que acababa de detener á un coche.

—¿Qué hay?—preguntó Samuel.

—Es un ministro que se fuga—respondió un obrero.

—¿Qué ministro?

En esto un hombre del pueblo abrió la portezuela del coche, y todos pudieron ver, en el interior de éste, á una señora, dos niños y á un sujeto de unos cuarenta años, el cual se apeó atropelladamente.

Samuel, que conoció al que acababa de bajar del coche, dijo para sí:

—Este es el valor de los liberales; han preparado la revolución y llevado al pueblo á las barricadas, y ahora que ha empezado la lucha, se zafan. Dejan al pueblo que salga como pueda del peligro en que ellos le han metido. Pero no, á este le cojo y no se escapa; lucharé á nuestro lado y á pesar suyo le convertiré en héroe.

Y al ver que el del coche permanecía mudo, no atreviéndose á fiarse de los obreros armados, Samuel tomó la palabra.

—¿Qué estáis haciendo ahí, amigos míos?—exclamó dirigiéndose á los obreros. Este que aquí veis, no es un ministro; muy al contrario, es un defensor del pueblo.

—¿Cómo se llama?—preguntó la muchedumbre.

—Casimiro Perier.

—¡Casimiro Perier!—exclamó el pueblo.—¡Viva la Carta!

—Sí, hijos míos, ¡viva la Carta!—gritó Casimiro Perier—y nosotros la defenderemos juntos aun cuando debamos morir por ella. ¡Viva la Carta!

—Llevalle en triunfo—dijo Samuel.

Los amotinados, obedeciendo á éste, se llevaron triunfalmente hacia el campo de batalla á aquel fugitivo de su victoria.

¡Ved de qué pende la suerte! En el momento en que á viva fuerza le internaban de nuevo en París, Casimiro Perier

salsa de la capital para ir á reunirse á Carlos X y ponerse á su servicio.

Sin embargo, la insurrección estaba todavía en sus comienzos.

Acá y allá se había sí empeñado algún tiroteo aislado; pero no pasaba de unos cuantos fusilazos.

La escaramuza aquella era el preludeo del combate.

Fuertes y numerosas patrullas de infantería recorrían calles, bulevares y muelles, sin que nadie les pusiese impedimento.

El pueblo daba vivas á las tropas y á la Carta, para, en cierto modo, asociar al ejército al motín.

Antes de empeñar la batalla, el pueblo y el trono se estudiaban mutuamente.

Sentíase la proximidad de una lucha terrible y decisiva.

En la atmósfera se respiraba la proximidad de la tormenta.

Samuel ensayó un recurso enérgico. Entró en la tienda de un vendedor de indiana, compró en ella tres pedazos de tela, encarnado el uno, blanco el otro, y el tercero azul, los hizo coser, los puso luego al cabo de un palo y salió tremolando aquella bandera tricolor.

Aun no había cerrado del todo la noche.

Aquella bandera, trasunto de tanta gloria y á la que el pueblo no viera desde hacía quince años, produjo un efecto indecible; fué como si lo pasado volviese de improviso tras tantos años de humillación y de bajeza.

París pareció despertarse de la monarquía como de una pesadilla.

Prontamente circuló por la capital una noticia, rayo precursor de la tempestad; acababa de conferirse el mando de aquélla al general Marmont, duque de Ragusa.

Este nombre, sinónimo de invasión, de Waterloo, de patria entregada al enemigo, de los cosacos galopando lanza en ristre por nuestras plazas públicas, de Francia desangrándose por cien heridas, de saqueo de nuestros museos, de nuestra bandera insultada, de todas nuestras desdichas y de todas nuestras afrentas, fué como el guante arrojado á la faz de la nación.

Desde aquel instante la lucha fué inevitable.

No se trataba ya de electores y de periodistas, sino de la honra nacional.



El pueblo no se batía ya contra el estatuto, sino contra Waterloo.

—¡Mueran los cosacos!—gritó Samuel.—¡A las barricadas! El grito de Gelb sonó y fué creciendo de eco en eco.

Iba á cerrar la noche, y ya no era posible hacer gran cosa de provecho; pero el pueblo se preparó para la lucha del día siguiente, desempedrando las calles y reforzando las barricadas.

El 28 empezó por modo formidable la lucha, en la que tomaron parte, unidos al pueblo, los alumnos de la Escuela politécnica.

Al primer disparo, Thiers salió para la quinta que la señora de Courchamp poseía en Montmorency.

En las casas consistoriales fué donde la lucha revistió caracteres más sangrientos.

Los amotinados, al amparo de los parapetos de la margen izquierda, disparaban contra los suizos que custodiaban la plaza del Arenal.

Samuel estaba sobre el parapeto del puente de Arcola, dirigiendo el fuego, desafiando las balas, prodigando su vida. La lucha duró hasta la noche.

En lo más recio del tiroteo, Samuel volvió el rostro, y al ver venir un grupo de cuatro personas, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Viva Lafayette!

En efecto, éste era quien pasaba acompañado de dos amigos y un criado.

El anciano general se acordaba de la participación que había tenido en la revolución primera y ardía en deseos de tomar parte en la de ahora; pero los que le rodeaban le retenían y se afanaban en disuadirlo, diciéndole que aquello no era una revolución, sino un motín, y que el pueblo no resistiría por espacio de venticuatro horas al ejército.

Lafayette titubeó. Sin embargo, quiso ser testigo de *visu*, y se fué á pie de barricada en barricada.

Samuel, que no era hombre que dejase titubear á nadie, saltó al suelo, y encaminándose en derechura á Lafayette, le dijo:

—Mi general, ¿sois de los nuestros? Gracias.

Y volviéndose hacia los sublevados, añadió:

—¡Amigos, el general Lafayette asume el mando de la guardia nacional!

—¡Qué!—repuso Carbonnel, que acompañaba á Lafayette —¿queréis que le fusilen?

—¿Dónde hay un hombre de buena voluntad?—gritó Samuel.

—¡Aquí! ¡Aquí!—respondieron veinte voces.

—Venga uno—dijo Samuel;—tú, Miguel. Vé y proclama por todas partes que ha vuelto á establecerse la guardia nacional y que el general Lafayette se ha puesto al frente de ella.

Miguel partió á escape.

—¡Viva Lafayette!—gritaron mil voces á lo largo del muelle.

El anciano estaba conmovido. Al ver renacida su antigua popularidad experimentó algo como el vértigo.

—Ahora—continuó Samuel,—aguardaos un instante. Vos necesitáis de las casas consistoriales y vamos á tomarlas. Es asunto de un momento.

Durante estas conversaciones, no había cesado el tiroteo.

Los soldados, que veían sus balas aplastarse contra los adoquines del muelle, empezaban á desalentarse. Demás, en esta clase de guerras civiles, el ejército recuerda pronto que también es pueblo y advierte que dispara contra sus hermanos.

La resistencia que oponían las casas consistoriales era muy floja.

—¡Adelante, y fuego!—gritó Samuel.

Los paisanos hicieron una tremenda descarga, á la que no contestó la tropa; luego avanzaron y atravesaron el puente, cerca de la plaza, sin encontrar resistencia. Sólo algunas balas pasaron silbando por los oídos de los vencedores.

Las casas consistoriales estaban abandonadas; los soldados acababan de salir de ellas.

Samuel buscó á Lafayette; pero el general había desaparecido; y es que á fuerza de instancias, sus amigos consiguieron llevárselo consigo.

—¡Voto al diablo!—exclamó Gelb,—ya que nos dan higa los hombres conocidos, nos pasaremos sin ellos. También tiene su poder lo desconocido.

Y dirigiéndose al insurrecto que estaba más próximo á él, le dijo:

—Dubourg, ¿quieres ser el amo de todo?



—¿Y por qué no tú?—replicó el interpelado.

—Es que á mí los liberales me conocen y es menester que haya uno que asuma el prestigio del misterio.

—Enhorabuena—contestó Dubourg.

—Entonces instálate aquí y gobierna—repuso Samuel.—Vamos á pasar la noche redactando algunas proclamas que irán firmadas por el general Dubourg, gobernador de París. Mañana te pondrás un uniforme cualquiera, y te darás, á caballo, una vuelta por los muelles para que el pueblo te vea. Todavía nos falta apoderarnos de las Tullerías; pero las tomaremos, y mañana, á medio día, Francia será nuestra. ¿Conformes?

—Conformes.

Así pasó, ni más ni menos. En los momentos de revolución, los amotinados siempre agradecen que haya quien se atreva á encauzar el movimiento. El general Dubourg fué realmente y por espacio de doce horas el rey de París. Decretó cuanto quiso, y sus proclamas fueron acatadas por quienes nunca habían oído pronunciar su nombre.

Al día siguiente los insurrectos se hicieron dueños de las Tullerías, gracias á que las tropas, cada vez más desmoralizadas, sólo oponían al pueblo una resistencia muy débil.

Samuel fué uno de los que primero entraron en el palacio del que para siempre saliera Carlos X veinticuatro horas hacía.

El pueblo se vengó en los retratos del mal que le causaran los hombres. Todos los lienzos que representaban príncipes ó reyes impopulares, fueron rasgados á bayonetazos.

Pronto la befa hizo migas con el heroísmo. En efecto, algunos hombres del pueblo se echaron sobre sus ensangrentadas camisas los trajes de seda de las princesas.

—¡Ah! ¡el trono! ¡el trono!—gritó uno de los insurrectos.—¿Qué vamos á hacer con él?

—Aguarda—dijo Samuel.

Acababan de traer los inanimados cuerpos de los que habían sucumbido durante los contados minutos que durara el sitio del palacio.

Samuel cogió uno de ellos en los brazos, lo sentó en el trono y dijo con voz vibrante:

—¡Hermanos míos! ahí nuestro rey: ¡un cadáver! ¡La monarquía ha muerto! ¡Viva la república!

—¡Viva la república!—repitieron dos mil voces.



—¡Hermanos míos! ahí nuestro rey: ¡viva la república!



Cumplida esta ceremonia, Samuel dejó que los demás continuaran por sí solos la obra de destrucción, y saliendo de las Tullerías se encaminó á casa de Julio.

—¡Malhaya!—dijo entre sí Samuel al encontrarse en la calle y acudiéndosele repentinamente una idea—he echado á perder mi negocio. Tenía en la mano un medio sencillísimo de deshacerme de Julio. Ya que sempiternamente está hablando de su deseo de morir y se queja de no experimentar ya emoción alguna, debiera habérmelo llevado á una barricada cualquiera, donde una bala se habría encargado de expedirle el pasaporte para el otro barrio. Pero tal vez quede tiempo todavía... Se baten aquí y allá... Voy á hablarle y á ver si consigo hacer brotar en su pecho algunas chispas democráticas de su juventud.

Cuando Samuel entró en el cuarto de Julio, los ojos de éste se animaron de vago brillo. No parecía sino que el conde estuviese aguardando tal visita.

Sin embargo, la mirada de Julio volvió á apagarse inmediatamente, tanto, que Samuel ni siquiera tuvo tiempo de advertir el relámpago que por ella cruzara.

—Despiértate—exclamó Gelb, al ver la soñolencia de su amigo;—la ocasión es propicia. El régimen antiguo se tambalea y va á derrumbarse. Ven á ayudarnos y á darle la última azadonada.

—Estás hecho un asco, Samuel—dijo Julio con toda tranquilidad;—la pólvora te ha puesto como el carbón, y llevas el traje en jirones...

—Ya lo creo, como que salgo de las Tullerías.

—¡Ah! ¿han tomado las Tullerías?

—Lo hemos tomado todo. ¿Te vienes?

—No—respondió Julio.

—¡Cómo!—replicó Samuel—¿ese despertar de una nación no te despabila! ¿Tan pertinaz es tu sueño que resiste á los disparos de fusil y de cañón?

—Tú tienes la suerte de poder interesarte todavía en las luchas políticas y aun tomar parte en ellas; ¡pero yo! ¿cómo quieres que me interese en los asuntos ajenos cuando no me preocupo ya con los propios? Demás, si algún interés humano fuese parte á mover á un moribundo como yo, te confieso que entre la autoridad y la insurrección, prestaría todo mi apoyo á la primera. El triunfo de la revolución en Francia causaría un trastorno en Alemania. En pro de mi

patria ya nada puedo, lo sé; pero si hubiese aún algo que fuese capaz á tentarme, sería la ocasión de preservarla de la anarquía y proporcionarla la paz. No esperes, pues, arrastrarme á las barricadas, y de ir no me verías en el mismo lado que tú.

—Ponte al lado que quieras, pero ven—dijo atropelladamente Samuel.

—¡Ah!—murmuró Julio mirando de hito en hito á su interlocutor y cual si leyese en lo más recóndito del pensamiento de éste.

—Delante ó detrás—prosiguió Samuel;—esto te hará vivir.

—¿Realmente quieres que vaya para que viva?—preguntó Julio sin apartar de Samuel la mirada.

—¿Para qué, pues?—arguyó Gelb.—¿Crees acaso que me anima el intento de colocarme frente á ti y enviarte una bala?

—Me chanceaba—repuso el conde.

—No sabía que tuvieses tanto apego á la vida—profrizó Samuel.—¡Como tan á menudo repites que tu dicha sería morir!

—Quiero morir, sí, pero de cierta manera.

—¿Es un secreto?

—Lo es.

—Guárdalo. Ea, ¿te vienes, sí ó no?

—No.

—Adiós, pues.

Samuel se volvió apresuradamente á las casas consistoriales, donde dejara á Dubourg dueño absoluto de la situación.

—Entre los dos—decía para sí Gelb—vamos á renovar Francia y Europa. Por fin ha sonado la hora de los hombres nuevos y de las nuevas instituciones.

Samuel, al entrar en las casas consistoriales, encontró al general Dubourg que salía de ellas, y le preguntó:

—¿Adónde vais?

—A mi casa—respondió Dubourg.

—¿Cómo á vuestra casa!

—¿Qué diablos queréis que haga yo aquí? Ya no soy yo quien mando.

—¿Quién manda, pues?—preguntó Samuel con inquietud.

—Lafayette.

—¿Cómo se entiende? ¿Por qué le habéis cedido el puesto?



—No soy yo quien se lo he cedido—profirió Dubourg,—sino el coronel Dumoulin, al que había yo confiado el mando de las casas consistoriales. Cuando Lafayette ha llegado subido sobre su caballo blanco, rodeado de una escolta de diez ó doce personas y de una veintena de pilletes que aplaudían á su corcel, á Dumoulin se le ha ido la cabeza, y diciendo que era menester dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, se ha hecho á un lado para dejar libre el paso al general.

—¡Maldito sea el diablo!—exclamó Samuel crispando las manos—van á escamotearnos la revolución.

—No van, ya la han—arguyó Dubourg.—Han empezado por instalar una comisión compuesta de no me acuerdo quiénes y han dirigido ya una proclama al pueblo para entreternerlo. Los diputados han tomado cartas en el juego y todo lo han echado á trece. Me voy á casa y no salgo de ella como no se anude el fuego.

Dubourg estrechó la mano á Samuel y se alejó.

El general Dubourg tenía razón; desde aquel momento la revolución estaba completamente perdida.

A Lafayette, viejo ya, le faltaba la energía suficiente para dirigir un movimiento popular, y por otro lado su antigua reputación liberal y revolucionaria le daba un influjo peligroso sobre la plebe.

Samuel entró en las casas consistoriales á intentó llegar hasta donde estaba Lafayette; pero un centinela apostado á la puerta del gabinete del general le cerró el paso.

—¡Ya!—profirió Gelb.—¡Ya no puede entrar aquí la revolución! Pero ¡bah! si no podemos hablar con el gobierno, podemos dirigir la voz al pueblo.

Y saliéndose de las casas consistoriales, Samuel se dirigió hacia los grupos armados que llenaban la plaza y las calles. Pero en vano se esforzó; la popularidad de Lafayette era inmensa. Para el pueblo, éste era la personificación resucitada de la revolución de 1789.

Samuel no halló á nadie que quisiese dar crédito á sus recelos; mas como no era hombre que se desalentase fácilmente, buscó en otra parte, y á fuerza de buscar acabó por dar con un insurrecto que junto á él se batiera en el ataque de las casas consistoriales y en la toma de las Tullerías, al que preguntó:

—¿Qué me decís de lo que está pasando?

—Que nos soplan nuestra victoria—respondió el interpeado.

—¡Por fin hallo un hombre!—exclamó Samuel.—¿Y dejaremos que nos la hurten?

—A lo menos yo no lo consentiré.

—Tampoco yo—añadió Samuel.—¿Qué pensáis hacer?

—Por ahora nada. El pueblo cree en Lafayette. Como tocásemos á ese espectro, nos convertirían en jigote. Lo que debemos hacer es estar alerta. La comisión que se ha apoderado de las casas consistoriales va indudablemente á tomar alguna resolución que abrirá los ojos al pueblo. Entonces podremos contar con un apoyo y obraremos con energía.

—Contad conmigo—dijo Samuel.—¿Dónde nos encontraremos?

—En la calle de la Perla, número 4. Preguntad por Jaime Grenier.

—Corriente.

Ambos interlocutores cruzaron un fuerte apretón de manos y se separaron.

Samuel intentó aún dar con otros que hubiesen combatido á su lado; pero al ver que todas sus pesquisas resultaron infructuosas y que París acogía con confianza unánime el nombre de Lafayette, sintió profunda amargura.

—Las monedas de á cinco francos mienten al rezar que Dios protege á Francia; pero ¡voto á cribas! ¿si protegerá á Julio? Como la revolución aborte, vuelvo á no tener necesidad de sus riquezas; porque ¿qué haría yo con ellas? ¡Buena estaría que contra mi voluntad me convirtiese en hombre de orden! ¿En qué voy á emplear el tiempo en adelante? ¡Toma! ¿si me fuese á casa de Laffitte? Primero tomemos un bocado.

Samuel se metió en el primer restaurante que halló abierto, y como desde la noche anterior no había probado alimento, comió con apetito.

El día tocaba á su fin cuando Gelb entró en el palacio Laffitte, por demás concurrido en aquel momento; como que se habían reunido en él todos los diputados liberales, con objeto de aguardar la contestación del duque de Orleans, á quien habían enviado un emisario para proponerle la lugartenencia general del reino.

Ya, por la mañana, Thiers se había trasladado á Neuilly



para ver al duque; pero éste estaba ausente desde el 26, en cuyo día partiera para ir á esconderse en el castillo de Raincy.

A instancias del mencionado Thiers, la duquesa de Orleans habia enviado, por conducto del conde de Montesquiou, á decir á su marido que regresase; pero éste no se dejó persuadir sino á fuerza de insistencia por parte del conde, el cual cogió la delantera después de haber visto al de Orleans tomar asiento en un coche.

Sin embargo, habiendo el de Montesquiou vuelto la cabeza al entontrarse á un centenar de pasos del castillo, vió como el coche del duque retrocedía hasta el Raincy, lo que le obligó á retroceder á su vez, á empezar de nuevo sus exhortaciones y á conducir personalmente á aquel usurpador irresoluto.

Según lo pactado, Luis Felipe debía aguardar en Neuilly á que le presentasen un mensaje firmado por doce diputados ofreciéndole la lugartenencia general del reino.

El mensaje habia partido hacia dos horas cuando Samuel llegó al palacio Laffitte, donde los en él reunidos estaban aguardando la llegada del duque de Orleans.

—¡Un príncipe y Borbón!—dijo entre sí Samuel;—con tal gente es inútil pensar en nada de provecho.

Con todo, Gelb se quedó, ya para asistir á las peripecias que iban á desenvolverse, ya para atisbar el momento de entrar en acción.

El duque de Orleans llegó á eso de la una de la madrugada, y se deslizó furtivamente en el Palacio Real.

Los doce diputados que le enviarán el mensaje aguardaron la llegada del día para presentarse al duque y hacerle directamente la proposición.

Todos sabemos las vacilaciones, entre fingidas y sinceras, con que el de Orleans acogió las primeras insinuaciones, y por fin su aceptación.

Encontinente los congregados en el Palacio Real redactaron una proclama y la enviaron al congreso de los diputados, que la saludaron con una salva de aplausos.

Sólo era dudosa la aprobación por parte de Lafayette. Nadie sabía si el viejo republicano querría un príncipe ó bien proclamaría la república. Acordaron, pues, los que llevaban la batuta, hacer una manifestación, es decir, que el duque de Orleans, acompañado de los diputados más populares, fuese á las casas consistoriales.

—Este es el momento—se dijo Samuel, saliendo del palacio y encaminándose á la calle de la Perla, á la puerta de cuya casa n.º 4, ó sea la en que vivía Jaime Grenier, llamó con fuerza.

—Pronto—dijo Gelb á su correligionario, á quien enteró en dos palabras de lo ocurrido;—no hay que perder minuto.

—¡El duque de Orleans en las casas consistoriales!—exclamó Grenier;—empieza nuevamente la monarquía. Pero no temas, no llegará allá. ¿Cuándo va?

—Ahora mismo.

—¡Demonios!—profirió Jaime, —no me queda tiempo para avisar á mis amigos; pero dos hombres decididos bastan.

—Esto creo yo—dijo Samuel;—es menester que uno de los dos nos situemos en la carrera y el otro al final de ella, en las casas consistoriales mismas. ¿Dónde prefieres estar tú?

—En la carrera—respondió Jaime.

—Y yo en la gran sala de las casas consistoriales; si tú yerras el tiro, no lo erraré yo.

—Conformes. ¿Traes una pistola?

—Dos.

Samuel y Grenier fueron juntos hasta la plaza del Arenal donde el primero se separó del segundo, después de estrecharle la mano, y se encaminó hacia las casas consistoriales.

Un cuarto de hora hacia que los dos confabulados se habían separado, cuando se inició un gran movimiento entre la muchedumbre.

Era que, por los muelles, se acercaba el cortejo del duque de Orleans.

El cual, á caballo, precedía á Laffitte, llevado en silla.

Los gritos de alegría y de triunfo que habían festejado al cortejo al salir éste del Palacio Real, iban menguando progresivamente, y desde el Puente Nuevo, la actitud del pueblo era grave, casi amenazadora.

—¡Todavía un Borbón!—exclamó un obrero al lado de Jaime. —¡Y para eso nos hemos batido!

—Sosíégate, hijo—repuso Grenier;—aun no hemos llegado al fin.

De improviso desembocó el cortejo. El duque de Orleans hacia como que volvía el rostro hacia Laffitte, cual para ampararse en una popularidad más robusta que la suya.

Grenier se metió la mano al bolsillo, sacó una pistola y



apuntó; pero al punto y por su espalda una mano le asió del brazo y se la quitó.

Jaime volvió el rostro y se encontró con el obrero con quien acababa de hablar.

—¿Qué estás haciendo?—le preguntó éste.

—¿Qué te importa?—respondió Grenier;—no quiero Borbones.

—¡Mueran los Borbones!—profirió el obrero—pero aguarda otra ocasión; podías haber matado á Laffitte.

Grenier dió un empujón al obrero y recogió su pistola, que había caído al suelo; pero el cortejo estaba ya en las casas consistoriales.

No por eso desistió Jaime de sus propósitos, pero le fué imposible penetrar en éstas por haberle cerrado el paso los centinelas.

El duque de Orleáns, al entrar en la gran sala, encontró en ella una multitud compuesta por combatientes de la víspera y de discípulos de la Escuela politécnica, los cuales empuñaban sendas y desnudas espadas y ostentaban la trizesta y la severidad en el rostro.

También estaba allí el general Dubourg.

Un diputado leyó la declaración del congreso, que por cierto fué aclamada por muy pocos.

El general Dubourg avanzó hacia Luis Felipe, y tendiendo la mano en dirección á la plaza, llena aún de hombres del pueblo armados, le dijo:

—Ya conocéis nuestros derechos; como los olvidéis os los recordaremos.

—Caballero—contestó el duque algo turbado,—soy hombre digno.

—En las gradas del trono no hay hombre que lo sea—dijo Samuel, empuñando su pistola y apretando el gatillo.

Pero el tiro no partió.

Samuel inspeccionó entonces su arma, y al ver que faltaba el pistón, quiso echar mano de la que llevaba de repuesto; pero se la habían sustraído.

—¡Traición!—exclamó Gelb.

Era tal la aglomeración de gente que llenaba la sala, que nuestro revolucionario, oprimido por todas partes, no había sentido la mano que se le deslizara en el bolsillo.

En esto Lafayette cogió una bandera tricolor, y la puso en manos de Luis Felipe, á quien dijo:

—Venfós.

Y conduciendo al duque al balcón de las casas consistoriales, le abrazó ante la apiñada muchedumbre.

Este acto fué la coronación de Luis Felipe. Lafayette acababa de consagrarlo con su popularidad.

El pueblo prorrumpió en aclamaciones.

—Acabóse—dijo para sí Samuel;—será rey dentro de ocho días. Todos los sueños de mi vida quedan desvanecidos desde ahora. Nada queda que hacer... Sí queda—añadió irguiendo la frente.—Aquí todo ha terminado, pero puede empezarse de nuevo. ¿Soy yo mujer ó niño para descorazonarme á la primera dificultad? No, nada se ha perdido aún. Existe una manera de repararlo todo. Reflexionemos.

Y apoyando la frente en la mano, se entregó por espacio de algunos minutos á profundas meditaciones. Luego, sonriendo y chispeándole los ojos, murmuró:

—Ya he dado en el quid. ¡Ah! no soy yo de los que renuncian fácilmente.

Gelb, que en cinco minutos había hilvanado en su mente un nuevo proyecto que iba á decidir de su suerte, se salió de las casas consistoriales y se fué á la de Julio.

## XXV

### Cambio de frente

Al ver á Samuel, á Julio se le iluminaron de nuevo y fugazmente los ojos, cual si este brillo envolviese una esperanza oculta.

—¿Qué hay, mi querido Samuel?—preguntó el conde más alegremente que de costumbre;—me place que tus triunfos no te borren el recuerdo de tus amigos.

—¿Qué triunfos?—preguntó Samuel.

—¡Cómo! ¿acaso no triunfamos en toda la línea? Acabo de



leer los periódicos, no para mí, sino para saber adónde habíais llegado tú y los demás revolucionarios, y por ellos he visto que no habíais perdido el tiempo. El nombramiento del duque de Orleáns para la lugartenencia general del reino, implica el destronamiento de Carlos X.

—Sí, lugarteniente general del reino—repuso Samuel recalcando amargamente esta última palabra.—El pueblo ha cambiado de señor; ahí á lo que llama una revolución. Y cuenta que nadie puede decir si el nuevo amo vale más que el antiguo y si será menester destronarlo á su vez. Ya ves si soy necio, he jugado mi vida para poner un rey en el sitio de otro. Pero por quien soy te juro que me vengaré de esa oposición pueril que nos ha arrebatado nuestra victoria y que después de la batalla ha venido á saquear á los muertos.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Julio.

—Dicen que hay que pensar en lo peor—profirió Samuel, —y yo digo que en lo que hay que pensar es en lo insignificante. Siempre es lo pequeño lo que se lleva el triunfo. Nunca me he forjado grandes ilusiones, y esto tú lo sabes, respecto de la especie humana; pero veo que todavía le he dado una importancia cien veces mayor que no tiene.

Luego y como para aturdirse, Gelb continuó atropelladamente:

—Puede que llegue el día del pueblo, pero todavía no nos encontramos en él. Conozco que me he precipitado. Soy un hombre del siglo venidero. Las naciones no están todavía en sazón para la libertad. Tal vez se pasarán muchas centurias antes no la comprendan, y de aquí á que llegue el día, sólo la autoridad puede proporcionarnos la paz. Ahora bien, como yo no puedo dormirme ahora para despertar dentro de cien años, he resuelto acomodarme al tiempo en que vivo; y si la autoridad reclama mi apoyo... me paso á ella con armas y bagajes.

—¡Ah!—dijo Julio, que observaba á Samuel con gesto singular y cubría con la impasibilidad de su rostro la emoción interna que experimentaba.

—He venido para hacerte una proposición—continuó Gelb.—Cuando anteayer te pregunté si querías acompañarme á las barricadas, me respondiste que de ir no sería para quedarte en el mismo lado que yo y que seguías permaneciendo fiel al gobierno al cual habías servido. Pues bien, ¿quieres probar tu devoción al gobierno ese?

—¿Cómo?

—Escucha: aunque el motín de estos tres días no haya producido aquí sino una semi revolución, no dejará de repercutir en Alemania. Ahora puedo decirte que la Tugendbund no ha muerto y que va á solevantar á la juventud y al pueblo. De un momento á otro va á reventar la bomba. Allá como acá, triunfarán los reyes, lo admito, pero no sin luchas civiles y sin que se derramen torrentes de sangre. Y mira, Julio, la monarquía tiene ya bastante sucias las manos para que á esta suciedad tenga que añadir manchas de sangre. Ahora bien, el que facilite á los gobiernos de Alemania el modo de evitar la lucha; el que exima á los reyes de las terribles represalias que para lo porvenir les preparan sus momentáneas victorias contra la libertad; el que libre á la Tugendbund de una lucha que en la actualidad no puede sino acabar con ella de un modo sangriento; el que salve á la patria de una conmoción dolorosa, ¿no tendrá por ventura el derecho de pedirlo y obtenerlo todo?

—Es indudable—dijo Julio.

—Pues bien—profirió Gelb,—tú puedes ser ese hombre.

—¿Yo?

—Tú, sí.

—Estás loco—repuso el conde de Eberbach.—¿Acaso no ves el estado en que me encuentro? ¿Qué quieres que solicite y obtenga? ¿Por ventura me queda tiempo para ser ambicioso?

—Siempre nos queda el bastante para serlo de la honra y gloria que dejamos en pos de nosotros.

—Explícate.

—Es lo más sencillo. Todavía no hace un año representabas aún en París al rey de Prusia, de quien conservas el recuerdo de su munificencia y al que quedas obligado por gratitud y por deber. A mí no me asisten las mismas razones para permanecer fiel á mi partido. Nadie ha hecho nada por mí; por lo tanto soy libre. He adquirido el derecho de abandonar á los ingratos, qué digo ingratos, necios que se abandonan á sí mismos. Ya me figuro lo que van á decir, que soy un renegado y un traidor; pero ya tú sabes el caso que yo hago del parecer de los demás respecto de mí. Y aun prescindiendo de esto, á lo menos no podrán decir de mí que abandono á mi partido en la desgracia, porque para todo el mundo, á excepción, tal vez, de tres ó cuatro exaltados, somos



vencedores. Como dieses por admitido lo que cantan por las calles, el pueblo acabaría de entrar en plena posición de su libertad. Así pues, el momento es oportuno para abandonar el campo de los que se creen victoriosos; los cuales casi me agradecerán que me separe de ellos y estarán satisfechos de tener un compañero menos con quien compartir la victoria. Soy de los vuestros, Julio, y para corresponder á vuestro recibimiento, os traigo algo de provecho.

—¿Qué?

—Pondré en tus manos, en las del rey, á los jefes de la Tugendbund en flagrante delito de conspiración.

Por más que hizo un esfuerzo sobre sí mismo, Julio no pudo dominar un gesto. Iluminósele prontamente la mirada y pareció renacer á la vida.

—¿Te admira lo que te digo?—preguntó Samuel, que advirtió el gesto y la mirada del conde de Eberbach.—Cambio de rumbo; y tú sabes que no hago las cosas imperfectamente. Los liberales de Francia me han hecho renegar de todos los liberales del mundo. En compañía de esa gentuza me he descariado, y, aunque tarde, veo que con ella es imposible dar cima á idea alguna que tenga visos de grandiosidad. Así pues, quiero probar qué tal me va con los otros. Es preferible ser un Richelieu que no un Catilina. Si la monarquía quiere servirse de los hombres de temple y de enérgica iniciativa, tal vez esté aún en camino de salvarse. Ya ves que para los zurcidores de revoluciones no han llegado todavía los tiempos. Ea, ¿aceptas mis ofrecimientos?

—¿Qué me correspondería hacer si yo aceptase?—preguntó Julio.

—Partiríamos los dos para Alemania esta tarde misma, ó á lo más mañana por la mañana, y una vez allá me comprometo á que en una semana hagas más quizá que no has hecho en toda tu vida. En cuanto á mí, de una vez recobraré los cuarenta años que he perdido. Ea, déjate de vacilaciones pueriles; al par que á tu patria, sirves á tu amigo. Por lo que se refiere á los jefes de la Tugendbund, empezaremos por estipular que se les garantiza la vida; lo cual debe quitarte el último escrúpulo. ¿Quedamos de acuerdo? Di.

—El viaje es largo y fatigoso—profririó Julio,—y, extendido como estoy, es probable que no llegue á su término.

—¿No te detiene más que eso?—repuso Gelb.—ya te proponaré un cordial que te reanime y sostenga.

—¡Ah! ¡un cordial!—repitió Julio, como si hiciese largo rato que esperase oír esta palabra de labios de su interlocutor.

—Nada temas; es completamente inofensivo.

—Pues bien, acepto—dijo el conde.—Ya te he dicho en otra ocasión que me ponga incondicionalmente en tus manos, Haz de mí lo que quieras.

—Enhorabuena—profririó Samuel.—¿Prefieres salir esta tarde, ó mañana por la mañana?

—Te ruego me concedas esto último.

—Corriente. Lo único que convendría hacer ahora, ya que queda tiempo para aprovechar el correo de la embajada, sería escribir para que pusiesen á tu disposición parte de la fuerza armada que hay en Heidelberg.

—Sin pérdida de momento voy á escribir la carta y tú mismo te encargarás de expedirla.

—Yo, interin, voy á preparar tu cordial; es obra de cinco minutos.

Samuel se fué á una pieza contigua para enviar á un criado á la farmacia, y cinco minutos después volvió á reunirse á Julio.

—Ahí está la carta—dijo éste.

—Y ahí tu cordial—repuso Gelb.

—A propósito—profririó el conde de Eberbach,—no he atinado en hacerte una pregunta antes de escribir: ¿impones alguna condición?

—Ninguna; no deseo sino que me pongan el pie en el estribo. No temas; una vez á caballo, haré de las mías.

—Te satisfarán el deseo.

—Bueno, ahora me voy corriendo á la embajada. Mañana por la mañana me tienes ahí en un coche dispuesto para el camino. Está preparado.

—Lo estoy sienpre—contestó el conde de Eberbach.

Una vez fuera Samuel, Julio murmuró:

—Vé, has perdido la partida; he visto tus naipes y tú no los míos.

Luego tomó el cordial, vertió parte de él en un vaso, abrió su papelerera, sacó de ella una redomita y echó una gota en aquél. La pócima no cambió de color.

—Verdaderamente es un cordial—dijo entre sí Julio bebiéndoselo;—todavía no es lo otro, como me lo temí; esto quiere decir que aun me necesita.



Por lo que respecta á Samuel, mientras se encaminaba á la embajada, decía para sus adentros al par que la risa le retozaba en el cuerpo:

—Abandonar el juego y arrojar las cartas á los jugadores vulgares en el momento en que la partida parece ganada; pasarse á los vencidos en el instante en que éstos lo sacrificarían todo para desquitarse ó para suavizar la derrota; alcanzar de esta suerte, en veinticuatro horas, de la impaciente monarquía el poder que la lenta libertad no me daría quizás en veinte años; captarme á la vez la confianza de Julio por mi desertión y hacerme suya su fortuna por su muerte; conquistar á una y en un santiamén riqueza y poder, mi ambición y mi amor, es una combinación magníficamente tramada, una tentativa grandiosa. Ea, vuelvo á ser lo que era, renazco de mis cenizas.

UNO DE NUEVO LI  
BOTECA UNIVERSIT...  
"ALFONSO REYES" XXVI  
1625 MONTERREY, MEXICO

#### Despedida sin besos

Por la noche del mismo día y en un cuartito de una casa del Pantano, estaban reunidos dos mujeres y un hombre: éste era Julio; aquéllas, Cristiana y Federica.

—A vos os pasa algo, padre—dijo la joven.

—Te aseguro que no, hija mía—contestó Julio.

—Sí os pasa—insistió Federica.—Por lo común, cuando los tres nos encontramos reunidos en este cuartito donde podemos vernos en secreto, vuestra mirada está risueña y la boca os sonríe; parece que gozáis en vernos á mi madre y á mí. Pero hoy estáis grave, triste, y á ambas nos hacéis recomendaciones solemnes, cual si fueseis á separaros de nosotras. No parece sino que nos estáis diciendo adiós.

—¿A mi edad y en mi estado, querida hija mía, no es pru-

dente despedirnos de aquellos á quienes amamos, cada vez que nos separamos de ellos?

—¿Acaso estáis peor que la última vez que nos vimos, ó teméis algo?

—No, Federica; pero... dentro de media hora vamos á separarnos. La prudencia exige que los tres no nos reunamos aquí sino una vez á la semana, so pena de que no tarden en descubrir nuestro retiro. Y ya ves tú, ¿qué diría la gente como ésta notase que me venía aquí para pasar algunos ratos al lado de dos mujeres, una de ellas tenida por esposa mía y la otra á quien supusieron mi amante? Demás, existen todavía otras razones que hace menester ignoren que nos veamos. Así pues, hasta dentro de ocho días no volveremos á reunirnos; ¡y pueden ocurrir tantas cosas durante este período de tiempo!

—¿Qué puede ocurrir?—preguntó Federica.

—¿Qué sé yo? La Providencia tiene lo porvenir en sus manos. Pero no temas, á tu edad lo porvenir es la felicidad, una dilatada existencia, la esperanza infinita. Quiero que seas dichosa, querida hija mía, y yo te prometo que vas á serlo pronto.

—Ya lo soy ahora, querido padre, cuando os veo, y lo sería completamente si estuviérais risueño.

Cristiana permanecía silenciosa, limitándose á estudiar el rostro de su marido para ver si descubría en él los designios que daban á sospechar su actitud y su lenguaje, más graves que de costumbre.

Adivinaba, sí, la atribulada mujer, que Julio había tomado una resolución; pero ¿cuál era ésta?

Cristiana, temerosa de asustar á Federica, no se atrevía á formular pregunta alguna, aparentaba la mayor tranquilidad, mientras sentía el corazón atravesado por el dolor y se estremecía al pensar en la conversación que, antes de partir para Eberbach, sostuviera con Julio el día que éste le había dicho que no podía salvarles á todos sino sacrificando su vida.

—Ea, ya estáis turbadas, y eso que lo que acabo de decirnos no puede ser más natural—continuó Julio, que comprendió la ansiedad de Cristiana.—Porque os he manifestado hoy lo que debiera haberos manifestado cada vez que nos hemos visto; porque en un tiempo en que los tronos se derumban en veinticuatro horas me acuerdo de que yo, revé-



jido y moribundo, no soy más eterno que una dinastía, ya os asaltan angustias y terrores. Estoy seguro de que en este instante Cristiana está pensando en lo que la dije ha un mes, un día en que yo buscaba la manera de arreglar nuestros asuntos. Le hablé de un recurso; pero ¡qué diablos! puede echarse mano de otros, como por ejemplo el que he hallado á puro devanarme los sesos.

—¿Cuál?—preguntó Cristiana.

—Permitidme que me lo reserve; ya lo sabréis dentro de ocho días.

—¿Nos lo diréis?

—Os lo escribiré.

—¡Escribir!—exclamó Federica.—¿Luego partís?

—Y aunque emprendiese un viaje por algunos días, ¿á qué inquietaros?

—Si vos partís, padre—dijo Federica,—¿por qué no nos lleváis con vos?

—Es que no parto—respondió Julio,—ó á lo menos es casi seguro que no tendré necesidad de partir. Además, de hacerlo, tampoco me sería dable llevaros conmigo. ¿Qué dirían al vernos juntos?

—¿Y qué me importa el decir de la gente? Por otra parte, si no las dos, á lo menos una puede acompañaros.

—No viajo solo.

—¿Quién os acompaña?

—Un amigo fiel, que me hace el favor de cuidar de mí—respondió Julio con acento singular.

—¡Oh padre!—profirió Federica—vos queréis tranquilizarnos, pero es evidente que guardáis un secreto. Vos, tan gozoso de costumbre al venir aquí, habéis llegado hoy con la tristeza pintada en el semblante; luego me habéis hablado con el acento del padre que va á separarse de su hija y teme no verla ya más; me habéis dicho que estabais viejo, que era menester que me familiarizase con la idea de que no ibais á vivir mucho más tiempo; que si bien estaba próxima á perderos, me quedaría mi madre, y me habéis rogado que os perdonase los disgustos que inconscientemente podéis haberme ocasionado, cual si, muy al revés de ello, no fuese yo quien debo mostráosme agradecida de todo. Pues bien, para que hayáis venido hoy en tales disposiciones, es preciso una causa: ú os sentís muy enfermo, ó partís; estáis abocado á un gran peligro, ó el viaje debe ser largo; esto es

obvio. Padre, por favor os lo ruego, decidnos qué os pasa. Si estáis enfermo, nuestro deber es cuidaros, diga lo que quiera la gente.

—No estoy enfermo—repuso Julio con la mirada llena de ternura:—mírame; en mi rostro puedes ver que antes me siento mejor que de muchos meses á esta parte. El recobrar á mi esposa y á mi hija me ha devuelto la salud.

—¿Conque partís?—preguntó Cristiana.

—Escuchad—dijo Julio, conociendo que no iban á creerle como se encerrase en la negativa absoluta:—es fácil que me vea obligado á emprender un viaje de corta duración; pero todavía no hay nada resuelto. En caso afirmativo no me pondré en camino hasta dentro de tres días. Ya veis que nos queda tiempo para reunirnos otra vez y hablar de este asunto.

—¿Nos prometéis no poner os en camino sin antes vernos otra vez?—preguntó Cristiana.

—Os lo prometo.

—Tengo en mi mano como obligaros á cumplir vuestra promesa—profirió Federica.

—¿Y cómo eso?—preguntó Julio.

—No despidiéndome hoy de vos.

—¡Oh!—murmuró el conde.

—Adivino vuestro pensamiento—dijo la seductiva joven.

—Nos habríais enternecido hablándonos al corazón; nos hubiéramos abrazado y derramado lágrimas, y luego habríais partido mañana sin decirnos nada, dando por buena la despedida que nos hubierais cogido por sorpresa. Pero mi madre y yo no secundaremos vuestro plan. Si queréis que nos despedamos de vos, será menester que nos hagáis sabedoras de vuestra partida. Hoy no nos despedimos. ¿Anheláis que nos besemos? Está bien, cuando volváis ya hablaremos de ello.

—Tienes razón, hija mía—dijo Julio en voz entrecortada y teniendo la fortaleza de no dejar transparentar en su semblante la emoción con que luchaba.—No me beses; así estarás segura de que no partiré sin haberte visto otra vez, porque sería espantoso para un padre el ponerse en camino para un viaje del que quizá no vuelva, sin llevarse siquiera un beso de su hija.

Julio, embargado por la profunda sensación que le dominaba, se vió obligado á callarse por espacio de algunos segundos. Luego continuó:



—Ahora debemos separarnos. Hasta luego, hasta la semana próxima si no parto, ó hasta mañana ó pasado si me voy. Salgamos uno tras otro para que transeunte alguno pueda vernos juntos. Primeramente Cristiana; luego tú, Federica, y yo el último. Ea, adiós.

Cristiana estrechó la mano á Julio y salió, y cuando iba á imitarla la joven, el conde la detuvo y la dijo con semblante risueño:

—Ya ves que no te pido un beso.

—Obráis santamente—profririó Federica,—porque os lo negaría; por ahí os retengo en París. Cuando volvamos á vernos os daré cuantos queráis. Hasta la vista.

Julio, no bien se hubo quedado á solas, cayó de rodillas sollozando y exclamó con desesperación:

—¡Oh! ¡de qué modo me separo de ellas! ¡y si supiesen para qué viaje! ¡Qué despedida la nuestra! ¡Pobre Federica! ha leído en mi corazón; ha conocido que quería yo cogerles de sorpresa sus besos y estrecharlas contra mi corazón en un abrazo supremo sin manifestarles el porqué. ¿Cómo decirles lo que me propongo llevar á cima? ¡Ay! demasiado pronto tendrán conocimiento de ello. Si supiesen que parto mañana, querían acompañarme, y es menester que no asistan á lo que va á pasar allá abajo. De esta suerte, partiré sin haber disfrutado siquiera de una postrer mirada de los dos seres á quienes amo, sin que á sus ojos haya acudido una lágrima al fijarse en los míos, sin que hayan vertido sus labios ni una de esas palabras suaves que resuenan eternamente en nuestros oídos. En la hora presente, el lazo que me unía á ellas está roto. Ya no las veré más; estoy solo ¡solo! Ni una frase de despedida me acompañará ni me seguirá adonde voy... Enhorabuena, el sacrificio será completo. Pero ¡Dios mío! á lo menos otorgad en gozo á esas pobres y amables criaturas cuanto yo acepto en exceso de sufrimientos.

Julio se levantó y besó, llorando, las sillas en que se sentaran su esposa y su hija, dijo adiós al cuarto, no pudiendo á éstas, y bajando á la calle dió orden á su cochero para que de nuevo lo condujese á su palacio.

A pesar de lo avanzado de la noche, el conde no se acostó, ni ¿para qué, si el sueño estaba muy distante de sus ojos? Lo que hizo fué escribir algunas cartas, en cuya ocupación estaba aún ocupado cuando llegó Samuel.

—¿Estás preparado?—le preguntó éste.



La dijo con semblante risueño.



—Ya te dije ayer que siempre lo estaba—respondió Julio.

—Perfectamente. Abajo nos está aguardando el coche.

—Bajemos—repuso el conde, sellando un sobre en el que acababa de meter dos cartas, una para Cristiana y otra para Federica.

Luego tocó una campanilla, á cuyo son compareció un criado, á quien dijo:

—Voy á dar una vuelta fuera de París, y tal vez no regrese hasta mañana ó quizás hasta dentro de algunos días. Si la señora condesa viene de Enghién, entregadle esto, pero personalmente, ¿habeis oído?

Y después de poner la carta en manos del criado, Julio se volvió á Samuel y le dijo:

—Estoy á tus órdenes.

## XXVII

### Voz del corazón

Al día siguiente al en que se habían reunido en la escondida casa del Pantano, Julio, Cristiana y Federica, esta última se paseaba sola é imaginativa por su jardín de Enghién, sin acertar á explicarse el porqué de la angustia que la rola, al pensar en la entrevista de la víspera.

¿Por qué, por primera vez, su padre se había mostrado tan grave y triste ante los únicos seres á quienes amaba?

—Sí me negué á despedirme de él—decía para sí la joven, —fué para impedirle que partiese sin verme siquiera una vez más; pero si su partida era necesaria, si se veía obligado á marcharse sin pérdida de tiempo, no he hecho sino aumentar sus sufrimientos. Cuando me negué á besarle, se sonrió; pero ahora me parece que su sonrisa era fingida y que más que de reirse tenía ganas de llorar. ¿A qué puede obedecer ese viaje? Menester es que sea muy grave y muy imperiosa

la causa de él para que mi padre, endeble y fatigado como está, salga de París. ¿Adónde va? ¿Por qué siendo, como es, en definitiva, lo más natural del mundo un viaje, me llena de tristeza? ¿Por qué revistió de tal solemnidad sus recomendaciones?

Federica se paseó durante todo el día por el jardín entregada á sus meditaciones; pero al llegar la noche y no pudiendo resistir más, mandó que enganchasen y se hizo conducir al palacio de Julio, á cuyas habitaciones subió apresuradamente.

—¿El señor conde?—preguntó la joven al primer criado con quien se encontró.

—No está en palacio—respondió el interpelado.

—¿Cuándo ha salido?

—Esta mañana, señora.

—¿Y no ha manifestado á qué hora volvería?

—Ha dicho que iba á dar una vuelta por las afueras de París y que tal vez mañana estaría de regreso.

—¿Y para mí ha dejado algo?

—Una carta; la señora condesa la hallará en el escritorio del señor conde.

Federica voló al despacho de Julio, vió en el bufete un pliego dirigido á ella, lo tomó, rompió el sobre, dentro del cual había dos cartas, una para ella y otra para su madre, abrió la que le pertenecía y leyó lo siguiente:

«Perdóname, mi querida Federica, si parto sin darte un beso; pero en tu provecho emprendo este viaje. Dentro de tres días no habrá estorbo que se oponga á tu dicha.

»Adiós, querida hija mía. Tu madre te pondrá en más antecedentes.

»Sé dichosa, como lo deseo yo que te bendigo.

»Olvidame y piensa en Lotario.

»Tu devoto padre,

»JULIO DE E.»

—¿Qué significa esto?—murmuró Federica con los ojos arrasados en lágrimas.—¡Ah! «tu madre te pondrá en más antecedentes»—añadió, leyendo de nuevo esta frase de la carta. Luego mi madre lo sabe todo. Me voy á verla.

Y descendiendo apresuradamente, se hizo conducir á